

Allí te encontré, Señor

Corinto



Grupos Maristas de Encuentro

«Todos hemos bebido de un mismo Espíritu» (1 Cor 12,13)

En el siglo I Corinto era una de las grandes urbes del Imperio. Tras su destrucción en el 146 a. C. por oponerse al poder de Roma, fue refundada por Julio César como capital de la provincia de Acaya y se convirtió en su centro económico y comercial. Su situación geográfica, en el istmo de su nombre, la convertía en puente entre el mar Egeo y el mar Jónico, lo que la llevaba a ser una ciudad cosmopolita, donde toda la diversidad del Imperio se daba cita. Allí donde convivían la riqueza más ostentosa («corintizar» significaba en la época llevar una vida de despilfarro) y la más lacerante pobreza; los esclavos del puerto vivían junto con los ricos comerciantes; las sinagogas judías se alzaban junto a templos dedicados al culto a Roma y a los cultos iniciáticos orientales. En este entorno complejo, urbano, tan parecido al nuestro, quiere vivir y anunciar el evangelio una de las primeras comunidades cristianas.



Provincia Ibérica

Una historia de la sabiduría cristiana. Corinto, una comunidad viva, una comunidad con problemas

Pablo llega a Corinto en sus viajes apostólicos y es acogido por un matrimonio cristiano, Aquila y Priscila, compañeros de trabajo. Empieza a predicar y funda una de sus comunidades más famosas, a la que escribirá una serie de cartas, condensadas y recogidas hoy en el Nuevo Testamento. En ellas tenemos un retrato vivo y fiel de la vida de la comunidad y sus problemas.

La comunidad estaba formada por personas de cierto renombre: Crisipo que era jefe de una de las sinagogas, Estéfanos y Febe, hombres y mujeres con casas lo suficientemente grandes como para acoger a la naciente comunidad (entre 50 y 100 personas). Pero especialmente se destacaban por acoger «lo débil» y «lo plebeyo» (1 Cor 1, 27-28), es decir, personas de las clases más empobrecidas de la ciudad.



Esta diversidad es preciosa... y fuente de todo tipo de «envidias y discordia» (1 Cor 3,3). En efecto, si tomamos como referencia el testimonio de las cartas, Corinto es una gran fuente de conflictos. No solo hay personas de vida cristiana poco clara (como el que vive con la mujer de su padre), sino que hay disputas enconadas, acudiendo cada cual a su apóstol preferido: Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro. Otros están orgullosísimos de sus capacidades, que creen las únicas importantes, mientras desprecian los dones de los demás. De hecho, a algunos les da igual hasta el mismo Jesús, pues dicen tener revelaciones propias del Espíritu, que les sitúan a la altura del mismo Cristo.

¿Esta es la fraternidad de los hijos e hijas de Dios? ¿Este es el signo para el mundo que está llamada a ser la Iglesia? Pablo insiste: por supuesto que es buena la diversidad, pero como parte de un solo cuerpo, el de Cristo; está claro que es bueno que haya diferencias de ideas, de tradiciones, pero en un único Espíritu. ¿Por qué nos obsesionamos en destacar la diferencia y no lo común? ¡Mantened la comunión en Jesús, el Cristo! ¿No compartimos el mismo pan y el mismo vino? En la Eucaristía nos unimos en la única fraternidad universal.



Pero además, en algunas comunidades de Corinto profanaban hasta la eucaristía, y esto sí que indigna a Pablo. En esa época, el pan y el vino se comparten en el marco del ágape, de una auténtica cena comunitaria. Y resulta («y en eso no os alabo» dice Pablo con auténtico enfado) que los ricos, llevan sus ricas (y caras) comidas y bebidas y se la toman ellos solos, embriagándose como si estuvieran de fiesta, mientras los pobres (la mayoría), sus hermanos de comunidad, pasan hambre. Así ni hay eucaristía ni hay nada. Que se queden en su casa, dice literalmente el apóstol.



De hecho, esta fama de comunidad problemática de Corinto se mantiene incluso después de la primera generación. En la Primera carta de Clemente a los corintios, escrita al final del siglo I, Clemente líder de la comunidad de Roma, tiene que intervenir de nuevo para mantener el orden, cuando un grupo de cristianos de Corinto expulsa de la comunidad por su cuenta a sus presbíteros. No es fácil mantener la comunión en la escandalosa Corinto.

... para nuestra vida. Un mismo Espíritu en la diversidad

A veces podemos tener una imagen un tanto edulcorada de las primeras comunidades cristianas, como si hubiera sido más fácil ser cristiano entonces, en el inicio de la vida cristiana que hoy. Y esta idea incluso nos culpabiliza, pues comparamos esa supuesta armonía con nuestra realidad de grupos y comunidades y salimos perdiendo. Pero es un espejismo: la vida de las comunidades cristianas siempre ha sido, y será, un camino de amor, de fraternidad... y de tensiones, disputas y desencuentros.

Por eso, la llamada de Pablo a la comunidad de Corinto es Palabra de Dios hoy: no olvidemos nunca el mensaje de Cristo: en la diversidad, mantengámonos unidos en el mismo Espíritu, siendo capaces de seguir a Jesús cuando sale el sol y cuando truena, apostando siempre por la comunión y la reconciliación y caminando en la escucha de unos a otros.



Confesar que uno cree en la Iglesia, es tomar conciencia del misterio de la comunidad fraterna que se convierte en símbolo del amor de Dios y, a la vez, de que este misterio siempre está en construcción, que no es perfecto... San Agustín lo expresaba de una manera rotunda: la iglesia es «*casta meretrix*».

Por ello, como la comunidad de Corinto, el Espíritu nos invita a tomar conciencia de nuestra debilidad y a comprometer nuestra vida para seguir cada día más auténtica, que sea verdaderamente signo visible y eficaz del Reino de Dios presente en la humanidad. ¿Y nosotros? ¿somos imagen del Reino en nuestro ambiente? ¿cuáles son nuestros desafíos, nuestras debilidades? ¿cómo los afrontamos?

Dinámica para la reflexión

Preparamos una hoja con dos columnas. Dedicamos unos minutos a identificar personalmente cuáles son los dos o tres principales problemas que detectamos en nuestra Iglesia local (la Iglesia de nuestra localidad, de nuestra familia marista, de nuestro entorno más cercano... lo que el grupo sienta como más urgente) y los apuntamos en la columna de la izquierda. En la derecha señalamos caminos que sentimos que pueden ayudar a superarlos.

Hacemos parejas para compartir lo escrito y comparar qué sentimos cada uno como urgente en nuestra iglesia y por dónde habría que caminar para solucionarlo. Si hay tiempo, podemos crear una síntesis, escrita o en forma de dibujo, para compartir en el gran grupo.

Momento de oración

Canción. Marea de gente (Macaco)

Y qué le voy a hacer si yo, amo lo diminuto.
Y qué le voy a hacer si yo,
no quiero que el océano sea tan profundo.
Y qué le voy a hacer si yo,
de lo pequeño encontré la fuerza de mi mundo,
y qué le voy a hacer si yo,
pienso que ellos y nosotros sumamos uno,
qué le voy a hacer.

Y es que gota sobre gota somos olas que hacen mares,
gotas diferentes pero gotas todas iguales,
y una ola viene y dice:
Somos una marea de gente,
y todos diferentes remando al mismo compás. (2)
Y una ola viene y dice: ooooooooooh
mares de gentes siguen: ooooooooooooooh
y el mundo repite: ooooooooooooooh (2)

Y qué le voy a hacer si yo, nací en el Mediterráneo.
Y qué le voy a hacer si yo, perdí las gotas de tu llanto.
De tus gotas me inundé transparencias en mi sed
soñé torrenciales de amor y fe, como lluvia de primavera
borrando grietas y guardando mareas.

Nuestra diversidad es riqueza para la comunidad

Nos damos un tiempo personal para pensar en aquello que me aportan las personas que forman parte de este grupo...
Escribo en la gota de agua lo que recibo de ellos o de ellas.
Después, podemos poner las gotas formando juntas ese mar que nos ha recordado la canción y si se desea se comparte en voz alta.

Oración comunitaria (Florentino Ulibarri)

Se puede recitar a dos coros, y la estrofa final todos juntos

Vamos a compartir
los abrazos y besos que surgen en este instante,
los gozos tenidos en el camino,
esta naturaleza libre y exuberante
y los latidos de nuestro corazón herido.

Vamos a compartir
lo poco que vamos comprendiendo,
la exigua luz que nos alcanza y no retenemos,
los intentos fallidos por salir del laberinto
y los miedos acumulados de todos los tiempos.

Vamos a compartir
el tiempo de los poemas y de las canciones,
de la danza y de la palabra sagrada;
la sabiduría de los años acumulada
y las yemas que nos quedan de la infancia.

Vamos a compartir
las enseñanzas del espacio fraterno,
el calor de un hogar fecundo,
las redes de nuestro trabajo en equipo
y las madejas de todos nuestros sueños.

Vamos a compartir
lo que parecen locas intuiciones,
nuestras pocas e inseguras verdades,
las sendas y caídas al origen
y las cabañas que nos protegen.

Y así, Señor, somos y nos vamos haciendo
Hijos e hijas, hermanos y hermanas,
comunidad, familia, e Iglesia,
lo que Tú soñaste para nosotros desde los orígenes,
compartiéndonos.

